

pondía pagar al nuevo emperador de Méjico (1). El auxilio armado de la Francia quedó concedido hasta que el emperador Maximiliano hubiese creado un ejército suficiente de mejicanos; y por un artículo secreto del mismo tratado de Miramar se obligó Napoleón á reducir solo gradualmente la fuerza armada que la Francia tenía en Méjico, compuesta ya de 38,000 hombres, de suerte que las tropas francesas, incluso la legion extranjera, quedarían reducidas el año 1865 á 28,000 hombres, al año siguiente á 25,000 y el año 1867 á 20,000 hombres. Para cada individuo de este ejército debía pagar el emperador de Méjico, desde el 1.º de julio de 1864, la suma anual de mil francos y además 270 millones por todos los gastos que hasta entonces había originado la expedición de Méjico. En 20 de marzo de 1864, antes de aceptar el título de emperador, había contraído Maximiliano un empréstito, del cual debía pagar inmediatamente á Francia 66 millones y además 25 anuales á cuenta de la deuda de guerra y de la manutención de tropas. Esta era una carga abrumadora para un imperio que había de conquistarse, fundarse y organizarse aun; carga tanto mas grave cuanto que el mismo gobierno no podía poner la mano sobre el resto no vendido de los bienes de la Iglesia confiscados por el anterior gobierno de Méjico, único tesoro existente todavía; pues á haber tocado este tesoro habría entrado el nuevo emperador en colisión con Roma, es decir, con el poder y el partido que le habían llamado para que les sirviera.

El emperador Maximiliano se embarcó en 14 de abril de 1864 en la fragata austriaca *Novara*, en la cual había hecho su primer viaje marítimo. Su primer objeto fué concertar un concordato con la Santa Sede, á cuyo fin desembarcó en Civita-Vecchia el 18 de abril é hizo en compañía de la emperatriz una visita al Papa. El 28 de mayo desembarcó en territorio de Méjico en el puerto de San Juan de Ulúa, y en el nuevo arreglo de la administración ocupó el primer puesto la cuestión del concordato; pero el nuncio apostólico Meglia, que solo llegó á fines de 1864 á Veracruz, no llevaba los poderes que eran indispensables para arreglar la nueva situación. Una carta del Papa dirigida al emperador (2), insinuaba en términos muy corteses que la curia romana se opondría decididamente á que se hiciese lo que el nuevo emperador necesitaba si quería mantenerse en su posición. Así la primera tentativa que hizo Maximiliano para tomar una determinación en la cuestión de los bienes de mano muerta se encontró con la protesta decisiva del nuncio, y empeñándose el emperador en su propósito tuvo que romper con Roma. Un gran empréstito que hizo y que fué colocado en abril de 1865 en Francia, y para cuya colocación fué menester poner en juego las mentiras mas groseras, aumentó la deuda extranjera del nuevo imperio mejicano en 765 millones. Con este recurso se mantuvo el imperio á duras penas á flote, mientras el ejército francés, á las órdenes del mariscal Bazaine, dominaba tan solo en los puntos principales, Veracruz, Córdoba, Orizaba, Puebla y Méjico, y con trabajo podía tener expeditas las comunicaciones entre estos puntos, molestados continuamente por las guerrillas liberales. Era, pues, Maximiliano un emperador sin imperio y hasta sin fuerza; estaba reñido además con la Iglesia y se hallaba en relaciones poco agradables con el jefe del ejército francés, el mariscal Bazaine, que á pesar de tener orden de sostener al emperador se había hecho ya insoportable á Maximiliano por su conducta tanto oficial como personal. Júzguese lo que sería esta conducta cuando un año después el mariscal ya no tenía orden de proteger á Maximiliano.

(1) Delord, tomo IV, pág. 216.
(2) Delord, tomo I, pág. 250.

El triunfo que los Estados Unidos del Norte obtuvieron contra los Estados rebeldes en abril de 1865 produjo un cambio de situación que sorprendió al emperador de los franceses, tanto como la solución que un año después tuvo la guerra entre Prusia y Austria en el campo de batalla de Koniggratz. En 5 de marzo de 1865 había escrito todavía Napoleón á Bazaine: «No temo una guerra con los Estados Unidos: primero porque no están todavía en disposición de hacer la paz, y segundo porque si llegasen á este punto no se atreverían á declarar la guerra á la vez á Francia y á Inglaterra (3).» Se vé, pues, que Napoleón no sospechaba siquiera la posibilidad del próximo fin de la guerra, ni mucho menos la sumisión completa del Sur ni el ímpetu y vigor que esto daría al gobierno de los Estados Unidos. En 1865 ya habían llegado á él exposiciones calurosas que le enteraron del cambio ocurrido, y á principios del año 1866 se hicieron mas urgentes. Vanas fueron todas sus negociaciones y súplicas para que el gobierno de los Estados Unidos le concediera tiempo para retirar sus tropas de Méjico. El general Shofield, enviado en enero por el gobierno de los Estados Unidos á París, comunicó al emperador la decisión de su gobierno de concederle un año y nada mas para la retirada; y esto, dijo el mismo embajador á un agente que tenía el presidente Juárez en París, «lo hacen los Estados Unidos para facilitar todo lo posible á Napoleón su retirada de Méjico, á fin de ayudarle á sostener la ficción de que manda regresar las tropas porque el nuevo imperio de Méjico no las necesita ya; pero si Napoleón quiere salvar esta apariencia habrá de darse prisa (4).» Napoleón se dió prisa, en efecto, y en el discurso del trono que pronunció en 22 de enero de 1866, se atrevió á decir: «El gobierno de Méjico, fundado en la voluntad del pueblo, se va robusteciendo; la oposición, ahora sin cabeza, está vencida y dispersa; las tropas nacionales han dado pruebas de valor y el país ha encontrado garantías de orden y de seguridad que aumentan sus recursos, y que han aumentado su comercio solo con la Francia de 21 millones hasta 76. Ya manifesté el año pasado la esperanza de que nuestra expedición se acercara á su fin, y ahora puedo decir que estoy en vías de un arreglo con el emperador Maximiliano para fijar el tiempo del regreso de nuestras tropas, sin peligro de los intereses franceses que hemos defendido en aquellas lejanas tierras.» En este, como en otros discursos imperiales, no había ni una palabra de verdad; las fuerzas republicanas no estaban ni vencidas ni dispersas, sino que avanzaban; el ejército nacional no era por lo pronto mas que una turba de elementos turbulentos, sin la menor utilidad militar. En tal situación de guerra civil y de anarquía, no había que pensar en orden ni seguridad; ni había todavía nada de arreglo con el emperador Maximiliano, pues que el baron de Saillard, encargado de entablar este arreglo, se había puesto en camino el 16 de enero, de modo que todavía estaba muy lejos de Méjico. Lo único verídico del discurso del emperador era el regreso de los franceses que se estaba preparando, pero respecto de la seguridad de no haber peligro para los intereses franceses sucedía todo lo contrario.

El baron de Saillard llevó á Dano, embajador francés en Méjico, dos cartas del ministro Drouyn de Lhuys del 14 y 15 de enero, en las cuales se le ordenaba entenderse sin demora con Maximiliano y Bazaine respecto del regreso rapidísimo del ejército francés. En la primera carta se decía que la corte de Méjico se encontraba, á pesar de sus buenas intenciones, en la imposibilidad absoluta de cumplir en adelante

(3) Delord, tomo IV, pág. 260.
(4) Delord, tomo IV, pág. 578.

las condiciones del tratado de Miramar, y que el emperador de los franceses había decidido evacuar el país en los primeros días de otoño. En la segunda carta se añadía aun mas, á saber: que la evacuación rápida por parte de los franceses estaba en el mismo interés de Maximiliano, porque el cargo mas grave para un gobierno que quiera arraigarse es que necesite de la fuerza armada extranjera para sostenerse (1). La realidad de esta palabrería fué que Napoleón, después de haber empleado todos los medios para envolver al infeliz Maximiliano en su empresa, le dejó al cabo de año y medio en la desesperada alternativa, ó de regresar con los franceses ó de sucumbir sin ellos. El desengaño fué terrible para los jóvenes esposos, que lo habían arriesgado todo fiados en la palabra y el poder del emperador de los franceses; mas no había remedio si Napoleón no quería verse en guerra con los Estados Unidos, justamente en el momento en que la inminente lucha entre Austria y Prusia reclamaba toda la atención del gobierno francés. Lo indigno é inominoso en la conducta de Napoleón fué la hipocresía con que ocultó el verdadero motivo de su manera de proceder. Napoleón cedió á las amenazas cada día mas impacientes de los Estados Unidos; y sin decir nada de esto al emperador Maximiliano, pretextó la imposibilidad en que se hallaba el nuevo gobierno mejicano de pagar lo convenido, incapacidad que nadie conocía mejor que Napoleón, y se atrevió á decirle que la presencia de bayonetas extranjeras era una mancha para el joven imperio. Esta conducta infame indignó á Maximiliano hasta el fondo de su alma. Al principio no quiso siquiera ver al baron de Saillard, y cuando al fin le recibió, no quiso convivir en nada respecto de la fecha de la marcha del ejército, y Saillard hubo de regresar á Francia, donde al día siguiente de su llegada anunció *El Monitor*, en 5 de abril, que las tropas francesas se retirarían de Méjico en tres secciones y que la última estaría de regreso en la primavera de 1867.

Para ablandar al emperador Napoleón pasó en 8 de julio la misma emperatriz Carlota á Europa y encontró á Napoleón enfermo en Saint-Cloud, adonde había llegado el 10 de agosto de Vichy, agobiado por el despecho que le había causado el fracaso de su política alemana (2). La emperatriz de Méjico pintó, retorciéndose las manos, la situación desesperada de su esposo, y llamando Napoleón, le hizo releer dos cartas que él había escrito en 1864 á Maximiliano, á la sazón archiduque, en las cuales le aseguraba que no le abandonaría siendo emperador hasta que estuviese concluida la obra. Napoleón pasó como distraído su mirada por las cartas y las devolvió á la emperatriz, diciendo: «He hecho por vuestro esposo lo que he podido; no iré mas allá.» Lívida de indignación se levantó la emperatriz Carlota para irse y le dijo en són de despedida: «No me sucede mas que lo merecido; la nieta de Luis Felipe de Orleans no debería haber confiado su porvenir á un Bonaparte (3).»

La noticia del regreso produjo gran satisfacción en la oficialidad francesa de la expedición, porque comprendía la situación falsa del gobierno francés. El general Douay había escrito en 29 de enero de 1866 á su hermano que los franceses se iban convenciendo cada día mas de que su propio jefe, el mariscal Bazaine, les hacia servir de instrumentos para una perfidia infame; pues era cosa vista que estaba empeñado desde casi dos años antes en hacer naufragar la nave del emperador Maximiliano para ponerse él en su lugar, y añadía: «Las suposiciones toman cuerpo y todo el mundo

(1) Delord, tomo IV, pág. 594.

(2) Delord, tomo IV, pág. 594.

(3) Delord, tomo IV, pág. 566. Véase tambien: *Souvenirs intimes de la cour des Tuileries*, Paris, 1889, págs. 271 y siguientes, por la señora Carette.

se pregunta por qué ha trabajado con tanto empeño en la disolución de las legiones belga y austriaca, y ha contribuido á que no llegue á organizarse un ejército indígena imperial. Ahora se sabe que ha estado en inteligencias con los jefes de los disidentes. Las ambiciones de su familia mejicana le han embriagado, y estas ambiciones crecieron cuando las circunstancias pusieron en sus manos tan gran fuerza militar. Entonces dijo el cuñado del mariscal á un amigo del que escribe: «¿Quién sabe si este Bazaine no será emperador?» Bazaine cree tener la fortuna de Bernadotte; y ahora se comprende por qué en octubre pasado, en el momento en que partió Maximiliano para Orizaba, quiso que le encargaran de la regencia. Este paso irreflexivo ha dado lugar á una sospecha que desde entonces se ha ido robusteciendo siempre mas. El indicio mas seguro de sus intrigas disparatadas son los alevosos obstáculos que ha puesto para enredar los negocios y hacer imposible nuestra marcha en marzo, con lo cual ganó un año mas para perseguir el objeto de su ambición (4).»

Conociendo esta carta, se comprenderá la noticia apuntada en el diario de un oficial austriaco, Khevenhuller, que mandaba la legion húngara al servicio del emperador Maximiliano. Esta nota, que lleva la fecha de 10 de agosto de 1866 y está escrita en Méjico, dice: «Los disidentes se acercan cada vez mas á Méjico; gracias á los franceses y á su política traidora, se hallan ya en su poder todos los puertos menos Veracruz. Los generales franceses dicen públicamente que tienen orden de Bazaine de entregar una tras otra todas las ciudades y plazas fuertes al enemigo, y así lo hacen; avisan al general enemigo que á tal hora evacuará el comandante francés la población. Sucede á menudo que el enemigo entra en ella cuando los franceses están todavía saliendo, y si hay en la población tropas imperiales mejicanas han de emprender en seguida la retirada por su número insignificante. Se prende á las autoridades, y muchas son fusiladas, como ha sucedido en varias ciudades grandes. Si hay provisiones de guerra, los enemigos las toman en calidad de botín, cuando no las ha vendido ya el comandante francés en pública subasta, bien que el dinero no parece.»

Desde el 18 de octubre de 1866 tuvo Maximiliano la dolorosa certidumbre de que su joven esposa había perdido la razón á los pocos días de haber partido de Paris. Aquel día tomó Maximiliano, segun dice su médico de cámara, el doctor Basch (5), la decisión de abandonar á Méjico y renunciar á una corona que desde el primer día solo había sido de espinas para él. Se retiró fuera de Méjico al castillo solitario de Chapultepec, del cual salió en la madrugada del 21 de octubre para dirigirse á Orizaba acompañado por tres escuadrones de húsares. El escuadron del centro iba mandado por el ya citado conde de Khevenhuller, que sobre este viaje dice en su diario: «El emperador viajaba en un coche tirado por seis mulas. Estaba enfermo de calenturas, á lo cual se agregaba la agitación de saber que la pobre emperatriz había perdido la razón. Pálido y enflaquecido iba con la cabeza inclinada sentado en su coche, delante de cuya portezuela cabalgaba yo. De cuando en cuando hablaba con el médico, que tenía á su lado, ó me preguntaba si los húsares sentían cansancio, lo que yo naturalmente contestaba negativamente, porque hubiéramos ido con él hasta el fin del mundo. Al día siguiente hablé con viajeros que habían llegado de Europa, que dijeron que en Veracruz se decía que Napoleón había envenenado con un vaso de agua azucarada á la emperatriz,

(4) Delord, tomo IV, pág. 606.

(5) *Recuerdos de Méjico*, ó sea *Historia de los últimos diez meses de imperio*, por el doctor S. Basch, tomo I, pág. 48, Leipzig, 1868.

después de una escena terrible (1). La población rural acudió en tropel á recibirnos, y estas muestras de afecto llenaron de lágrimas los ojos del emperador; desgraciadamente solo eran indios pobres. El 27 por la noche llegamos á Orizaba, y cuando los oficiales franceses de la misma plaza salieron á recibirnos, empezaron nuestros húsares á maldecir en lengua húngara, porque el odio de nuestras tropas contra estos bandidos era grande; pero bastó una palabra mía para hacer callar á los soldados. Los franceses hicieron salvas de artillería al llegar el emperador y se echaron á volar las campanas, lo que me entristeció, porque me acordaba de la emperatriz y de su esposo perseguido: tristezas que no consiguieron acallar ni el campaneo ni las salvas. Ya habían pasado algunos días en Orizaba cuando el comandante Kodolics y yo nos armamos de valor y nos presentamos al emperador, suplicándole de rodillas que no abandonara el país de esta manera; que tuviera confianza en nosotros y que manteniéndose por poco tiempo que fuese después de la partida de los franceses en el país, se libraba de la sospecha de ser instrumento del extranjero. El emperador nos recibió con mucha afabilidad; él y nosotros teníamos los ojos arrasados de lágrimas; nos dió la mano, y cada una de sus palabras nos conmovió el corazón. Estamos seguros de que pensó, tal como lo dijo, que abandonar Méjico, el país de sus esperanzas, le llenaba de dolor; pero que la resistencia pasiva de los franceses, ó sea del mariscal Bazaine, le hacía imposible continuar en el país. «Sin embargo, dijo, les doy á ustedes mi palabra de que saldré de Méjico con honra, como el porvenir les probará; suceda lo que quiera, no puedo ni debo decir mas.»

El partido clerical consiguió hacer vacilar al emperador y luego hacerle abandonar su resolución por medio del padre Fischer, diplomático flexible y de grande influencia en las personas que rodeaban á Maximiliano. El partido clerical, que había inventado el trono imperial como instrumento para sus planes interesados, hizo todo lo posible por que se quedara en Méjico el emperador, para lo cual encontró el ministro Lacunza el medio mas eficaz. Todo lo que se dijo á Maximiliano de recursos pecuniarios y de guerra inagotables que facilitaría la Iglesia, fué mera palabrería; pero cuando Lacunza, hombre de aspecto venerable, le dijo en 24 de noviembre que todo el país esperaba que se acordaría de su promesa del 16 de setiembre, á saber, «que un verdadero Habsburgo no abandona su puesto en el momento del peligro;» que el país se acordaba de esta promesa y debía hacer frente á los enemigos ocultos como lo hacia al enemigo franco y vencer ó morir en legítimo combate (2), este lenguaje impresionó á Maximiliano y le hizo cambiar de resolución.

Maximiliano se quedó, pues, declarándolo así en 25 de noviembre en una reunión de su consejo de ministros y de Estado. Entre estos, que eran 23, solo diez opinaron por que se quedase, dos votaron por la abdicación y once dijeron que el emperador debía retirarse, solo que por el momento no era realizable esta retirada. A la cabeza de este partido estaba Lacunza, que el día antes había hablado tan al corazón de Maximiliano. Continuando el emperador en Méjico, había de continuar también la guerra civil, y la vuelta del destierro

(1) La señora Carette dice en su obra que durante la conversacion de la emperatriz Carlota con el emperador francés había enviado á la emperatriz, á excitación de las damas de honor mejicanas, un vaso de agua azucarada con esencia de azahar, sin que ésta lo hubiese pedido al hablar con Napoleón, y la locura de la emperatriz empezó á manifestarse diciendo ella que la habían envenenado con aquel vaso de agua. Véase también la obra del baron de Malortie: *Bosquejos mejicanos* (recuerdos del emperador Maximiliano), Leipzig, 1882, pág. 13.

(2) Basch, tomo I, pág. 107.

de los generales Márquez y Miramon significaba que esta guerra civil se haría sin tregua. El emperador no podía contar ya para nada con los franceses y podía contar muy poco con los austriacos y belgas, debiendo trabajar sin perder momento en la organización de un ejército imperial mejicano, al cual podían servir de núcleo las tropas extranjeras que quisiesen tomar servicio en sus filas, como los húsares de Khevenhuller, la infantería del coronel Hammerstein y los cazadores llamados *del emperador* del mejicano Moso.

Los húsares eran todos húngaros legítimos que hasta entonces habían formado parte de la legión austro-belga, á quienes su jefe el conde de Khevenhuller mantuvo con los mayores sacrificios pecuniarios y personales, porque las arcas del emperador estaban tan vacías cuando volvió en enero de 1867 á Méjico como cuando marchó á Orizaba. La primera misión que tocó al citado regimiento de húsares fué la de reunir las provisiones de guerra mejicanas que se hallasen todavía en los fuertes y conducirlas á la ciudad, donde habían de ser repartidas entre las diferentes secciones. Tocante á esta misión refiere el citado conde de Khevenhuller lo siguiente: «Llegué á San Antonio Abad, donde debía hallar las provisiones de guerra, pero allí ví con terror que en los patios ardian grandes hogueras donde se quemaban cureñas, cajas vacías de municiones y guarniciones de los troncos; estaban arrojando en un pantano inmediato los cañones y tras ellos la pólvora. El oficial de guardia me enseñó este espectáculo indigno, diciendo: «Así lo ha mandado el mariscal; ya no hay nada, todo se fué.» Indignado, fui á ver al emperador, pero ¿qué podía hacer este pobre señor contra el mariscal? Por aquel tiempo obligó Bazaine al gobierno á comprarle el palacio que el emperador le había regalado, porque así se lo había prometido; y el gobierno, que no podía pagar á los soldados el sueldo, lo compró.»

En 12 de febrero de 1867 escribió el mismo conde Khevenhuller en su diario: «Por fin llegó el día. Bazaine se marchó con su horda; los franceses formaron en la plaza y se fueron; al marcharse me dijo un comandante francés: «¡Qué vergüenza es seguir una bandera como ésta, manchada de lodo!» Pocos franceses había por desgracia de tanto carácter como éste. Fué tan temprano que nos pareció que Bazaine quería evadirse del sitio de sus ignominias. Márquez fué nombrado comandante de la ciudad y empezó su mando con rigor laudable; pero de nada le sirvió, porque Bazaine lo había echado á perder todo con su infamia. Nosotros no teníamos absolutamente nada; nos faltaban armas, caballos, guarniciones, mantas y cañones, pues los mejores de estos los habían reventado los franceses ó arrojado á los pantanos; y cómo proporcionarse todo esto sin dinero?» En la madrugada del 13 de febrero, á las seis, formaron en la plaza de palacio los húsares del conde Khevenhuller y la infantería del baron de Hammerstein. «Habíamos oído voces de que se partía el emperador y los soldados no querían creer que diese un paso tan extraordinario; pero entonces, refiere Khevenhuller, se nos presentó él mismo en compañía del doctor Basch, del padre Fischer y otros señores de la corte, y acercándose á nosotros nos dijo: «El deber me manda encargarme del mando de mi ejército y voy á Querétaro, donde me espera. Confío en que ustedes velarán por mi causa; ustedes quedan aquí con los austriacos.» Por lo pronto no tuvimos palabra para contestar, pero de repente volvimos sobre nosotros mismos y dijimos: «Señor, no podemos ni debemos abandonar á V. M. Está V. M. perdido; estos generales le engañan á V. M.; tenemos el deber sagrado de proteger vuestra persona, y por esto nos hemos quedado aquí; á no ser por esto ningún poder humano nos habría hecho quedar.» El emperador contestó interrumpiéndonos: «Yo lo quiero; ustedes son mas

necesarios aquí que en Querétaro; ustedes se quedan, esta es mi firme voluntad (1).» Tal fué, pues, el resultado de este fatal regreso. El emperador estaba forzosamente perdido entre traidores, pues los dos miles de tropa mejicana imperial no podían protegerle contra el número superior de los disidentes, apoyados y auxiliados abiertamente por los norteamericanos y franceses. Quedamos convencidos de que todo estaba perdido; pero Maximiliano me dijo por despedida: «Confío en ustedes, adios.»

El emperador salió á caballo de la ciudad, conversando amistosamente con los generales Lopez y Márquez, que iban á su lado.

Había dejado Maximiliano á sus fieles austriacos en la capital para ser mejicano entre sus tropas mejicanas. Al pasar por debajo de los árboles seculares y gigantes de la hermosa hacienda de los Ahuehuetes, por el magnífico valle de Méjico, y al dirigirse al Norte, figuróse hallarse en los tiempos pasados, cuando aquellos mismos árboles formaron á manera de columnas majestuosas el templo gigantesco del nuevo culto indio; cuando Motezuma celebraba sus misteriosos sacrificios junto á los frescos manantiales que brotan al pié de aquellos árboles, uno de los cuales ha recibido por el pueblo el nombre de «árbol de la noche triste,» porque á su pié se había sentado Cortés y había llorado como un niño después del combate nocturno á consecuencia del cual pasajeramente había sido arrojado de Méjico. Maximiliano escribió en su diario: «Fué la única vez que la tristeza y la debilidad se apoderaron del alma heroica de Cortés, cuya vida fué una serie de osadías y peligros. Siempre ha sido interesante para mí este momento de la historia del gran conquistador, porque nos enseña, como tantos otros ejemplos históricos, que los varones mas fuertes y dominadores, duros y tenaces como el hierro, tienen momentos en que se creen abandonados por su estrella y caen en la postración mas completa. Si en tales momentos no ocurre una reacción salvadora, ha concluido el tal hombre y su estrella se ha eclipsado para siempre. La estrella de Cortés solo fué oscurecida momentáneamente, y mas robusto que nunca se rehizo de su dolor, volvió á conquistar su posición en Méjico y llevó felizmente á cabo su atrevida obra.»

El joven emperador se hizo la ilusión de ir en busca de la fortuna y de salir airoso de su empresa; pero á su lado cabalgaban dos generales de los cuales el uno le vendió en Querétaro y el otro en Méjico. Marchaba directamente y sin pensar á su perdición.

En Querétaro encontró el emperador una población de 40,000 almas que le recibió con demostraciones de júbilo, y que á pesar de todos los padecimientos de tres meses de sitio le conservó un afecto conmovedor y una fidelidad inquebrantable. El emperador se mostró guerrero y dió el mejor ejemplo á sus 9,000 valientes mejicanos con su actividad incansable y su valor á toda prueba. Su médico, el doctor Basch, nos refiere conversaciones suyas en las cuales se manifiesta el genio caballeresco de Maximiliano. Había hecho en 1851 su primer gran viaje marítimo á bordo de la fragata austriaca *Novara*, y habiendo visto después, á la edad de 19 años, en la catedral de Granada las insignias de la coronación de Fernando el Católico, pensó al tocar la corona y la poderosa espada: «¡Qué ensueño hermoso y brillante para un sobrino de los Habsburgos españoles blandir esta espada para conquistar esta corona (2)!» Al joven Maximiliano faltó

(1) En términos análogos refiere la escena el doctor Basch, tomo I, página 178.

(2) Maximiliano nació el 6 de julio de 1832. Véase su obra: *Escenas de mi vida y de viaje, aforismos, poesías*, tomo II, Leipzig, 1867, página 164.

la inteligencia de la vida práctica, que juzga los hombres y las cosas como son; y además carecía de la perseverancia intelectual, que hace aprender las cosas á fondo, engendra convicciones firmes y da valor para proceder con arreglo á ellas. No le faltó la osadía temeraria que arriesga la vida riendo, ni tampoco el sentimiento del deber, que enseña á no eludir los peligros personales y á cumplir fielmente con los que nos son adictos, y esto le hizo el ídolo entre los suyos, mientras los hombres de Estado se reían de su inocencia en el terreno político, y los intrigantes se servían de su credulidad é ineptitud para hacer su negocio apelando á su caballerosidad. En medio de la mayor lluvia de balas estuvo siempre alegre sin temor, sin descorazonarse ni abatirse, y esto en una situación sin esperanzas de remedio.

Mientras él peleaba en Querétaro, los ministros que había dejado en Méjico trabajaban como si Maximiliano ya no fuese de este mundo. De cuanto le habían prometido no cumplieron nada; no le enviaron los fondos convenidos y ocultaron las órdenes que remitió á la capital llamando cerca de sí á los austriacos que allí había dejado. En 14 de marzo rechazó con valor un terrible asalto del general Escobedo en Querétaro y en seguida decidió enviar á los generales Márquez y Vidaurri, á quienes consideraba los mas fieles, á Méjico para destituir el ministerio, hacer entrar fondos y volver de todos modos á Querétaro con ellos.

Por la noche del día 25 de marzo llegaron Márquez y Vidaurri con 800 hombres de caballería á Méjico, y el 29 del mismo mes recibieron Khevenhuller y Hammerstein la orden de marcha. Cumpliendo la orden salieron el día 30 á las nueve de la mañana con 4,000 hombres de tropa excelente y doce piezas de artillería, que habrían sido un valiosísimo refuerzo para el emperador; pero en lugar de marchar á Querétaro, que está al Noroeste de Méjico, se dirigió la marcha al socorro de Puebla, que está al Sudeste de la capital y se hallaba sitiada por Porfirio Díaz. Después de cuatro días de marcha, extraordinariamente lenta, llegó la noticia de que Puebla había caído en poder de Díaz y que éste avanzaba para atacar á la columna mandada al auxilio de la ciudad. La columna tuvo que regresar á Méjico pasando al través de la caballería enemiga, que la molestaba en grandes masas, teniendo los húsares que abrirse paso con sus sables. Cerca de San Lorenzo atacaron á una masa enemiga de tres á cuatro mil hombres al grito de viva el emperador pronunciado en húngaro y los arrojaron, hombres y caballos, al abismo. De esta manera hubieron de atacar los valientes húsares catorce veces para despejar el camino de la columna hasta la capital y apenas estuvieron dentro de sus muros cuando el enemigo acabó de completar el cerco con número superior de tropa. Cuando hubiera sido posible para los austriacos unirse al emperador, Márquez, contra la orden expresa de aquel, les había dirigido á Puebla sin siquiera avisar de ello á Maximiliano, que había puesto en él toda su confianza.

Después de nuevas luchas sangrientas en 24 de marzo, 1.º y 27 de abril y 1.º y 3 de mayo, el emperador, en la noche del 14 al 15 de mayo, quiso intentar un último esfuerzo para abrirse camino, cuando poco antes de media noche penetraron los enemigos conducidos por el comandante imperial Lopez en el convento de La Cruz, donde se hallaba el emperador con su estado mayor, y los hicieron prisioneros sin encontrar resistencia. Con esto quedó concluido todo (3). Se dice que el presidente Juárez no quería personalmente la

(3) Por la tarde del 15 de mayo los oficiales del ejército republicano, el general Vega, el coronel Smith y los dos hermanos José y Pedro Rincon Gallardo, refirieron detalladamente al doctor Basch cómo habían entrado en el convento conducidos por Lopez, hablando de este traidor en los términos mas vivos y concluyendo José Rincon su relacion en estos